

Vicente Mengod

El tema de la tristeza



El hombre busca la tristeza, ha dicho un gran escritor en uno de sus libros. Con ello ha querido insistir en la eterna postura anímica del ser que realiza su vida, fluctuando entre los extremos de alegría y tristeza. Sin olvidar que las etapas intermedias se dan por añadidura, lo mismo a los elegidos que a los olvidados. Se reparten por igual los dones del vivir entre los que lograron alturas de privilegio y aquellos calificados, ya en lenguaje bíblico, como la sal de la tierra.

El hombre busca la tristeza. Pero no siempre la encuentra. Ponerse triste va siendo una especie de ventura, de espiritual elegancia. Cuando más, suele hallarse la melancolía, antesala del «quedarse triste». Algo falso, literario muchas veces. Cualquier motivo elemental es suficiente para aventar la postura melancólica, trocándose en un sonreír complacido. Pero la tristeza, la verdadera tristeza sólo podemos adivinarla en los

demás. Y ello es así, porque el hombre se inclina fácilmente a compadecer. De esta forma, imagina elevarse sobre sus propias derrotas.

Desde antaño, el ser humano ha filosofado en torno a la tristeza. Y sus esquemas mentales han enfilado orientaciones singulares, creando sistemas en donde un pensar evanescente podía ensayar sus más atrevidas piruetas. Quizás en los ámbitos de la filosofía es donde mejor puede intuirse la tristeza con toda su corte de ideas y de juicios afines.

El hombre puesto a filosofar se convierte en un ser digno de conmiseración y respeto. Porque la filosofía, llevada de frente con todas sus enormes vinculaciones, es triste. Nada más comprometido que pretender desentrañar el origen y finalidad del hombre. La experiencia vital es un hecho concreto sin asideros. Principio y fin son dos abismos. Como el hombre no puede tener conciencia exacta de su origen ha inventado una finalidad inconcreta, sin localización temporal y espacial. He ahí el entrañable sentido poético de todos los paraísos, poblados de dioses o de vacíos en soledad inalterable, sólo cruzados por el revolar silencioso, ingrávido, de galopantes y plurales espíritus.

La idea filosófica, en toda su historia, nos va revelando los diversos matices de la tristeza. Y da lo mismo que el hombre apoye sus razonamientos en la realidad o en lo que es pura abstracción. El mensaje triste, melancólico, desesperanzado, se intuye, se advina cuando las imágenes mentales se ven a través de

una sensualidad desbordante. Por esa razón el hombre primitivo ve a los muertos. Nosotros, condicionados por nuestra cultura, sólo conseguimos pensar en los muertos. Pero esta sutil discriminación, que en apariencia significa una ventaja, supone en verdad una limitación. Porque el hombre que puede ver a los muertos y a los dioses, confiere a sus pensamientos un carácter de revelación trascendente. Y para él, la tristeza y la alegría tienen categoría de realidades tangibles.

La filosofía comienza cuando el ser racional se pregunta por el origen del mundo. Sus problemas abarcan la esencia de la verdad, las clases de ser, el origen primitivo, la finalidad del proceso cósmico, la posición del hombre en el mundo y la resonancia de los valores. Ahora bien, el fluir del tiempo hace que algunos problemas, originariamente filosóficos, se vayan entregando a la ciencia. Y entonces, la tristeza, de origen cósmico, se convierte en angustia existencial.

Ya en la antigua filosofía india, el hombre de la tierra se burla de los dioses, quiere ponerlos en ridículo, ensaya las más variadas posiciones de la duda. Pero de la burla y de la duda surge el tremendo problema: «¿Por qué existe algo y no nada? ¿Qué habría cuando no existía ni la nada ni el ser? ¿Eran posibles la muerte y la inmortalidad?»

Por eso el filósofo indio, aunque no acepta la intervención de la gracia, recurre al significado mágico de la palabra, sin la cual no tienen validez los sacrificios. Palabra que se pronuncia con dolor, con inquie-

tud e incertidumbre. Entre el dios y el individuo hay un abismo que sólo puede ser salvado con fuerzas personales, a veces inoperantes, lo mismo para el individuo de la calle que para el brahamán, incluso en su organización de casta cerrada.

Felizmente para la historia de la cultura, en Grecia el poder intelectual cayó en manos del investigador. El sacerdote tuvo que operar en sus dominios peculiares. De la teogonía se pasa a la cosmogonía, encarándose el problema fundamental del origen del mundo y su constitución. Cuando el filósofo dice que «de la nada, nada adviene», ha planteado el tema de la angustia. «¿Cómo se ha realizado el paso del no ser al ser?»

Más tarde, Empédocles nos dirá que no existe generación y muerte, sino mezcla y separación de las cuatro raíces de las cosas: fuego, aire, tierra sólida y agua líquida. Y que percibimos lo mismo con lo mismo, porque somos fuego, aire, tierra y agua. Goethe, con su fuerza poética, escribirá: «Si el ojo no fuera luz solar, jamás podría percibir el sol».

La concepción mecanicista de Demócrito, al decir que los átomos se unen entre sí para formar los cuerpos, pero que esta unión no es efecto de una mente ordenadora, sino de causas mecánicas ciegas, ha fijado las dimensiones cabales del hombre, inmerso en su circunstancia.

Se han dado así los primeros esquemas de una ética de base filosófica. Y desde entonces, el hombre sabe

que se vive, se sufre y se ama con el cuerpo entero. Hipótesis que serán organizadas científicamente muy cerca de nosotros por Alexis Carrel, escribiendo su obra: «El hombre, un desconocido».

Los filósofos rectores de las escuelas «cirenaica» y «cínica» consideraron a Sócrates como un artista inteligente del vivir. Y agregaron que la vida ha de vivirse con el mayor placer posible, al que no siga ningún dolor. He ahí el error. Porque una vida placentera, una felicidad total es algo tan imposible como el vacío absoluto. Y el hombre se vuelca hacia la tristeza, ya que toda alegría da dolor.

Desde el momento en que Aristóteles formula su famosa teoría de la conclusión, cuando nos dice que es necesario saber por qué las cosas son así y por qué se comportan así, se inicia la brecha de la duda, se acepta la existencia de lo casual, de aquello que bien podría ser de otra manera. Un filósofo moderno, Ortega y Gasset, repetirá con indudable delectación intelectual: «¡Yo soy yo, y las circunstancias!» Y en estas circunstancias, atmósfera y lastre vital, se injertan los motivos de infelicidad y de tristeza. Con razón se ha dicho que frente al idealismo de Platón, Aristóteles es un realista perfecto.

Quizás sean los filósofos escépticos quienes más han contribuído a fomentar la angustia del hombre, dándole la medida exacta de sus limitaciones, recordándole que toda conclusión tiene que apoyarse en una hipótesis, es decir, en algo que tiene que aceptarse sin de-

mostración. Lo que supone decir que el razonar conduce siempre al mismo punto de partida. Por eso, algunos años más tarde, Plotino dirá que el gran destino del alma es libertarse de la materia en la que vuelve a caer constantemente, renovando el círculo de las reencarnaciones, quién sabe si para penetrar en mundos más elevados. Tal vez, en estado de éxtasis, el hombre logra fundirse con la divinidad. Y, entretanto, el ser goza en su inefable tristeza.

Cuando gana adeptos y se expande la concepción cristiana del mundo, la idea de un Dios como creador que extrae el mundo de la nada, crea un abismo enorme entre Dios y la criatura. Y la postura mística de la filosofía no tiene otra aspiración que la de colmar ese vacío. La propensión poética del hombre habrá de ensayar todos los recursos, derivando con frecuencia hacia un romanticismo especial, verdadero hontanar de tristeza y de infelicidad, ya que el hombre sabe que la ascensión de la materia a «lo uno» es el solo camino de perfección, camino muy lleno de dificultades sin cuento.

Ahora bien, los humanistas, en pleno Renacimiento, iniciarán una ruptura con la antigüedad, tratando de crear y de criticar. La nueva filosofía de la naturaleza estudiará la posición del hombre, en su propio mundo. Porque el «homo sapiens» es un microcosmos en donde se refleja el macrocosmos. El estudio del hombre es el camino para el estudio e investigación del mundo. Y surgirá la idea de infinitud del univer-

so, con todas sus proyecciones científicas y espirituales. Del problema metafísico de la relación entre el alma y el cuerpo surgirá la pregunta, todavía sin responder: «¿Por qué camino llegamos nosotros al conocimiento de la verdad?»

Buscando la verdad, el hombre vive desviviéndose, se prepara con devoción para la muerte, esperando un posible renacer. No han faltado filósofos que, justificando muchas conductas, han dicho que el corazón tiene su propia razón, que la razón no conoce.

Las corrientes filosóficas posteriores a Kant presentan ya diversos matices de pesimismo. El idealismo de Schelling y de Hegel, la voluntad como instinto ciego de vivir, de Schopenhauer, las lucubraciones positivistas, de Comte, el evolucionismo de Darwin y de Spencer, las tendencias pragmáticas de William James y de Dewey, y el intuicionismo de Bergson, sitúan al hombre entre los dos extremos de origen y finalidad, sin que las normas para recorrer el largo camino sean de clara validez y orientación.

En nuestros días, en afanes de compensación psicológica, los poetas nos recuerdan con insistencia que una obra no es realmente verdadera, sino cuando es más grande y más bella que la realidad. Deslumbrante paradoja que brota de la semilla de Gérard de Nerval, poeta francés de expresión misteriosa, musical, iluminada. En sus versos el mundo exterior es como una proyección del alma, la vida se sumerge y transfigura en el sueño. Y en virtud del ritmo, las criaturas

de carne y hueso se transmutan en figuras irreales. En plena fuga romántica, se abre la ruta del simbolismo, del arte puro que hace posible la belleza de un árbol de hojas azules y de extraño limbo, todo ello superior a la realidad, de más noble hermosura, sin embargo.

A través del tiempo, los artistas simbolistas labran sus productos, realizan su personal alquimia de realidad y fantasía, enriquecen el idioma y, con frecuencia, lo transfiguran en fórmulas metafóricas. Surge después el realismo. Su aspiración no es otra que la de captar ese puente que une el sujeto y el objeto, la realidad y el caos que hunde sus raíces en la infrarrealidad. El conocido «caso Bruner» puede ser considerado como un intento de interpretación mística de «la verdad surrealista».

Transcurre la vida, se desgrana el fluir temporal. Los artistas del viejo mundo instalan sus tiendas en América, tierra de promisión, ya que el continente entero es un fuerte bloque de futuro. Entre las aspiraciones y modas llegan en tropel «ismos» artísticos, obras literarias de contenido existencial. Jean Paul Sartre es el nuevo artífice de una expresión estética y filosófica que se vincula con la fenomenología de Husserl y en ciertas orientaciones metafísicas puestas en circulación por Max Scheler y Heidegger.

Las lucubraciones filosóficas adquieren claridad y belleza en función de los recursos del idioma. En los límites formales de la novela, del cuento y del ensayo se esconde y difumina la postura humana existencial.

Y el lenguaje, como anticipara Herder, cumple su oficio de reflejar una determinada concepción del universo y su actuación sentimental. De ahí que en sus páginas nos sea dado interpretar las tristes sutilezas del hombre, las evasiones dionisiacas, vividas por excepción.

Las ideas que maneja la inquietud de Sartre no son nuevas. Fueron desarrolladas ampliamente a principios de siglo. Les faltaba su expresión novelada, fácil y oportuna. Existe un abismo entre la sequedad sistemática de Heidegger y la fluidez intelectual del autor francés. En algunas de sus obras la palabra facilita el conocimiento, las ideas rondan los umbrales de la poesía y del arte.

Los problemas del existencialismo son inmensos. Nunca fué tarea cómoda bucear en la esencia de las cosas. Como tampoco es fácil adoptar frente a la muerte la actitud de hallarse ante la nada. Es, sin duda, la eterna pregunta, ¿qué existe fuera de mi yo?, formulada ahora en moderno estilo literario, nervioso, bien trabajado.

El pensador danés, Soren Kierkegaard, expuso hace tiempo en trama novelesca las proyecciones sociales y literarias de una postura existencial. Su obra, «Diario de un Seductor», de técnica española o italiana, defiende la conocida tesis filosófica «del todo o nada». Para el cura danés, la vida humana no consiste en el conocer, sino en el existir. El hombre tiene que realizar la misión de existir plenamente, de llevar

una vida humana y no una vida racional. De ahí que tenga que resolver sus problemas mediante la elección irremediable de «lo uno o lo otro».

Pero la posición más radical del «hombre existente» la encontramos en el «hombre de carne y hueso» de Unamuno.

Existir es estar en el mundo. Lo esencial es la contingencia, nos dice Paul Sartre. Y en problema de elección, sus personajes novelescos afirman la necesidad de imaginar algo que no exista, que esté por encima de la existencia. Algo así como una historia que no pueda suceder, una aventura que avergüence a la gente de su existencia, o por lo menos que sorprenda, por ser una especie de valor nuevo.

La orientación existencial tiene amplias y arriesgadas perspectivas. Las zonas de la aventura en la vida bordean los patrimonios de un surrealismo descomunal. Aunque por otro lado se trueca en epifanía vital esa incitación a la aventura, alejando al hombre de la preocupación de ver su propia existencia reflejada en los demás.

He ahí una corriente filosófica y estética cultivada por grupos de gentes que empiezan a interpretar a su manera los postulados originales, recabando para sí el honor de la crítica y de los ataques. Pero hay un hecho innegable, el hombre, no obstante sus anhelos de infinito, vive rodeado de sus historias y de las ajenas, esforzándose de ver a través de ellas todo lo

que le sucede, viviendo su vida como si la contara. Y en ello radica la fuente inagotable de su tristeza.



No sólo en la filosofía, sino también en la creación típicamente literaria se hace presente el tema de la tristeza. En muchas efusiones victoriosas del vivir rebulle el desencanto, como elemento ancilar, pero susceptible de ir creciendo de manera y hasta límites impensados. Se ha dicho, por ejemplo, que gran parte de la literatura medieval hispánica es una continua danza del morir inexorable. Quizás hay mucha verdad en tan radical afirmación, sin que los puentes se corten hasta nuestros días.

Cabe afirmar que, en la actualidad, los grandes novelistas y dramaturgos llevan a sus obras los conflictos de máxima validez, subrayando el hecho de encontrarnos en un período de crisis y transición, de profundo significado en la historia del hombre, sobre todo en momentos tan propicios para los antagonismos.

El hombre, inmerso en su tristeza, adivina que los intereses e ideologías tienen un carácter de transitoriedad. Quizás gran parte de la tristeza del hombre nace de su afán de columbrar finales de ruta, tomando como punto de partida posiciones que son falsas. Pero he ahí que la psicología moderna, sus procedimientos de exploración, nos dicen que las posiciones básicas del pensamiento filosófico no son últimas e

irreductibles. Porque es posible superar las antinomias entre el pensamiento kantiano y la dialéctica de raíz hegeliana, entre idealismo y materialismo, entre filosofía racional e intuicionista.

Una psicología de carácter práctico argumenta que la función del conocimiento como instrumento de penetración en el mundo debe ser mejorada, «transformando los vigentes cuadros de conceptos y elaborando una teoría del conocimiento con amplia base experimental». Y ello debe ser así, porque necesitamos métodos generales para aprovechar orgánicamente un mundo cada vez más unido y organizado.

Sin duda, la más sólida aportación para la problemática felicidad del hombre sea el convencimiento de que no existe una concepción del Universo «válida para todos los hombres». Y que urge, por lo tanto, elaborar una concepción de caracteres muy generales, para que pueda ser compartida «por la especie entera», comprendiendo en ella «las concepciones vigentes en la actualidad».

El hombre busca la tristeza y vive sin darse cuenta de la realidad de su hallazgo. Suele escuchar las resonancias en su espíritu, cuando la descubre en los demás. Con frecuencia, el descubrimiento tiene matices poéticos. Y una vez más, el hombre se imagina estar viviendo una entrañable novela, cuyos personajes diríanse brotados de su propia intimidad.

Se ha dicho que todos los filósofos son hombres tristes: «Omnes philosophi tristes». Quizás, preocu-

pados de llegar a las cimas, han olvidado las llanuras modestas, no han sabido hermanar saber y alegría, dos valores armónicos, savia nutricia de la filosofía más sublime.

La historia del pensamiento nos dice que también los hombres y los pueblos han buscado los elementos básicos de su felicidad, tratando de organizarla sobre bases de limitación austera, de moderación y restricciones, haciendo que las voluntades viviesen reprimidas, los deseos acallados. A veces, los espíritus han acariciado ideas atrevidas, internándose por las zonas de la posibilidad hasta imaginar lo que los hombres y los dioses podían y debían ser. Y en la elección de su final de ruta, se han fijado en paraísos, situados en regiones que se abren más allá de la muerte.

El individuo ha creado su propio arte del morir. Sin pensar que es necesario morir más de una muerte para vivir más de una vida.

Buscar la tristeza equivale a proyectar el alma en anhelos de evasión. El impulso a evadirse es tan viejo como la tendencia al gregarismo. La soledad puede ser el contrapolo del bullicio en masa. Los poetas la han cantado en versos lapidarios, en dísticos de monotonía feroz, han estructurado largos poemas para justificar en lenguaje poético una legítima defensa del estar solo. ¡Cómo suena en muchos cerebros aquello de «vivir aislado en compañía»!

Los escritores de diversas latitudes han querido

explicar el anbelo de evasión, cediéndole bases de nostalgia.

Hay un bello cuento en la literatura china que ha forjado en páginas de alta poesía, de profundo análisis, esa predisposición a la sutil añoranza, a la defensa personal en la evasión. Lo que en definitiva, no es otra cosa que un soñar en la soledad, un intento de recobrase mediante la salida de lo habitual, de lo impuesto por las circunstancias. Cuando el hombre está solo, descubre en sí mismo honduras insospechadas, habilidades nunca previstas.

El pintor Notcha vive condenado en las galas del palacio imperial. Debe pintar, decorar muros, estilizar alfombras, tapices delicados. Hasta que un día la inspiración le lleva a plasmar en las paredes de su encierro el paisaje de su aldea natal, verde y luminosa, ancho el campo para correr sin llegar al fin, para huir de su mundo actual, negro y pesado como una cárcel. Y Notcha se acerca a su obra, da un pequeño salto, se cuelga en el cuadro, en los prados. Y corre sin descanso, haciéndose pequeñito, hasta perderse en el horizonte azul. Sólo de esta forma puede recobrar las brisas de su adolescencia, evadirse para seguir estando solo.

El anhelo del pintor legendario vive en muchos hombres, como energía potencial. Pero la vida, las exigencias múltiples de la convivencia, hacen que el impulso quede amordazado, en penumbra, en posible apariencia. Sin embargo, basta un leve motivo para

que la fantasía vuele sin trabas, para que se disparen energías calladas. Y no es extraño que algunos proyecten su espíritu por las delicias de un paisaje ideal o verídico, por los ámbitos del amor y del misticismo en sus más variadas cristalizaciones. Muchas historias individuales y colectivas, plurales alegrías y tristezas tendrían su explicación exacta si nos fuera dado conocer, con nuestros medios de investigación, qué luz puso energía deslumbradora en la aspiración evasiva de los hombres, inmersos en su circunstancia.

¿Por qué los hombres se complacen rimando el viejo tema de su tristeza? ¿Quizás porque una filosofía milenaria puso el acento en un vivir preparándose para la muerte?

Es cierto que los defensores de la evolución se complacen cada vez que agregan nuevos valores a su teoría, tan exacta, que nos ha dado la imagen de un mundo condenado a un apogeo y a una declinación. Pero también se vislumbra el porvenir del espíritu, ahora insertado en la materia, susceptible de plasticidades independientes, sin embargo.